

los poetas: la Iglesia en sus oficios recuerda frecuentemente estos nombres tan dulces al oído, como caros á los fieles instruidos por la lectura de los libros santos.

No es pues, según yo creo, una digresión ó un inconveniente literario haber hecho esta cita de la Biblia. En esta *petición de matrimonio*, hecha hace mas de tres mil años, encontraremos costumbres que los siglos no han podido desarraigar de la vida humana. . . . Todavía al presente, cuando se pide una heredera, el hombre prudente encargado de la misión matrimonial, no se presenta á los padres de la jóven pretendida sino con todo el atavío y todos los medios de la comodidad ó de la riqueza. El intendente de Abraham habia venido con diez camellos y una escolta numerosa; habia hecho presentes antes de los esponsales, y suntuosos obsequios luego que la mano de la jóven Rebecca le fué otorgada para el hijo de su maestro y señor.

Al presente aun queda algo de esta antigua costumbre: como en los días poéticos y puros de los patriarcas, se dan todavía hebillas y brazaletes de oro, vasos preciosos y de perfumes, en cofres cincelados y llenos de ricas vestiduras y tizúes dignas de adornar las reinas. . . . pero lo que ha cambiado del todo en nuestras costumbres, es la fé y la confianza en Dios. . . . Abraham no habria dicho á su intendente: Irás á tal ciudad, tocarás á tal puerta, y allí pedirás á sus parientes una rica heredera, cuya fortuna me es conocida. . . .; Oh, nó! Hé aquí, cómo él habia encargado esta importante misión: "*El Señor del cielo, que me ha sacado de la casa de mi padre y del país de mi nacimiento, que me ha hablado y me ha prometido, diciéndome: Yo daré este país á vuestra raza; enviará él mismo su ángel ante vos, á fin de que tomeis aquí una muger de este país para mi hijo.*"

En tiempo de los patriarcas era un ángel del Señor el que designaba la vírgen que se debia pedir; en el tiempo actual es un hombre de negocios, que dirá *dónde* está la jóven mas rica. En los antiguos días era la fé, la que buscaba; al presente, es el interés el que se pone en movimiento. En el día, el mensajero nupcial no tiene necesidad, como el de Abraham, de prosternarse y pedir al Señor Dios le haga conocer la jóven destinada al hijo de su señor: la futura esposa le es conocida de antemano, y sin que Dios haya sido en modo alguno consultado.

Mas tarde, entre los judíos, perdiendo su indisolubilidad el matrimonio, aminoró su majestad. Dios mismo habia relajado las leyes de su institución á causa de la debilidad impresa al corazón del hombre por el pecado. Si pues su obra, abatida por la humillación general en que se encontraba la tierra, era todavía cara á su corazón, cuando lo que debia ser perfecto llegó, cuando el Cristo viniendo del cielo hubo resuelto restable-

cerlo todo siguiendo la forma celestial, parecia justo que esta obra divina, que el matrimonio participase de la regeneración universal.

Hé aquí, pues, cómo llegó:

"Un día, algunos hombres de la secta de los fariseos, se aproximaron á Dios para tentarle y buscar modo de sorprenderle en sus palabras. ¿Es permitido á un hombre, le dijeron, repudiar su muger por alguna causa?"

"Y Jesus les respondió: ¿No habeis pues leído, que aquel que creó el hombre al principio, creó un solo hombre y una sola muger, y que les dijo: Por esta será por quien dejará el hombre su padre y su madre y permanecerá ligado á su muger, y no serán los dos mas que una sola carne?"

"Así ellos no son dos, sino una sola carne. Que el hombre, pues, no separe lo que Dios ha unido.

"Pero, ¿por qué, pues, ha ordenado Moisés, que aquel que quisiese dejar su muger por un acto de repudio, podia repudiarla?"

"Es á causa de la dureza de vuestro corazón, respondió Jesus, por lo que Moisés ha permitido repudiar vuestras mugeres; pero no era así desde el principio.

"Y yo os declaro, que cualquiera que repudie su muger. . . . y tome otra, comete un adulterio; y que aquel que se despose con la que otro haya repudiado, tambien comete un adulterio."

Así el matrimonio se encontró llamado á su unidad, se hizo indisoluble, las concesiones hechas á la debilidad humana bajo la ley de Moisés, fueron revocadas. Apareció un nuevo orden; la muger se elevó al rango se que le habia sido asignado el día de su entrada en el mundo. El Hijo de Dios, viniendo sobre la tierra, repartió allí sus bendiciones, para que el hombre pudiese sobrellevar y amar á aquella que era hueso de sus huesos y carne de su carne, para que la paz y la calma afirmasen una unión cimentada por la palabra misma del Salvador.

Los espíritus perversos se han levantado para quitar á las palabras de Jesus su sentido y su fuerza; pero el error será siempre impotente para separar lo que Dios ha unido. El día en que el universo vió que Lutero, hollando á sus piés las páginas sagradas del Evangelio, habia roto en favor de un príncipe libertino la santa unidad del matrimonio, tuvo una gran conmoción y sintió un rubor profundo. La naturaleza humana se sonrojó de verse así degradada; y aun hoy, despues de haber pasado tres siglos sobre este suceso lamentable, no podemos, al volverlo á leer, impedirnos un sentimiento de confusión, viendo arrastrar en el cieno esta institución augusta, cuyo respeto es innato en nuestras almas. ¿Pero qué se debia esperar sino esta humillación de parte de un hombre infiel á sus juramentos mas sagrados?

No hay mas que Jesucristo, el Creador de la sociedad, que haya comprendido su dignidad. Los que se separan de él están condenados á seguir los errores y las inestabilidades de su corazon: el hombre unido á Dios se eleva, semejante al águila, sobre la tierra; abandonado á sus propios pensamientos, se arrastra y cae en el envilecimiento.

Desde el principio de su mision evangélica, el divino Reparador habia atestiguado por un acto brillante, que el matrimonio no permanecería extraño á la renovacion que él venia á hacer á la tierra.

Jesus no habia aun manifestado su potestad mandando á la naturaleza como soberano; tenia con él á María su Madre y algunos discipulos, é iba por el país de Galilea, haciendo el bien, como por todas partes y siempre. Llegado á Caná, él y los que le seguian fueron invitados á una boda. Las dos familias que casaban á sus hijos, queriendo que fuesen bendecidos, habian pedido con instancia al Hijo de María que viniese á santificar con su presencia la union de los dos esposos. Con su bondad y mansedumbre ordinarias, vino á sentarse en el banquete nupcial.

El Evangelio no nos dice si la familia que así honraba era rica ó pobre: si se ha de creer á la obra maestra de Pablo Veronese (su magnifico cuadro las *Bodas de Caná*), debia ser de las mas opulentas. El mármol y el pórfido adornaban el palacio, en cuyo patio principal estaba la mesa del festin: todos los que allí están sentados, están vestidos con trajes los mas suntuosos; y los vasos, las ánforas, la vajilla, son de oro y plata. Con tanta magnificencia en la morada de la familia del esposo, ¿cómo habia de faltar el vino? No se podria explicar esto mas que por la inmensa multitud que venia siempre al lugar donde se mostraba aquel que el pueblo saludaba con el nombre del MESIAS PROMETIDO A ISRAEL.

A pesar de la magia del talento y de la autoridad de un gran maestro, yo me inclino á creer que el divino Consolador ha guardado su primer milagro para sus mejores amigos, para aquellos que no se asentaban entre los privilegiados del mundo.

Hé aquí el testo del Evangelio: todavía él puede dejar dudas.

“En este tiempo, allí se hicieron las bodas de Caná en Galilea, y la Madre de Jesus estaba allí: Jesus fué invitado á las nupcias con sus discipulos. Yendo á faltar el vino, la Madre de Jesus le dijo: Ya no hay vino. Jesus le respondió: Muger, ¿quién está entre vos y yo? Mi hora no ha llegado todavía. Su Madre dijo á los que le servian: Haced todo lo que él os diga. Habia allí seis grandes urnas de piedra para servir á las purificaciones de los judíos, de las que cada una tenia dos ó tres medidas. Jesus les dijo: Llenad esas urnas de agua; y ellos las llenaron hasta el borde; y él les dijo: Tomad entre tanto, y llevad *al señor de la*

casa. Y cuando el señor de la casa hubo tomado el agua trocada en vino, no sabiendo de dónde venia este vino, aunque los sirvientes lo supiesen bien, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre saca desde luego el buen vino, y despues que se ha bebido bien saca menos; pero vos habeis hasta esta hora reservado el buen vino.

“Este fué el primer milagro que Jesucristo hizo en Caná, en Galilea, y manifestó su gloria, y sus discipulos creyeron en él.”

Entre todos los matrimonios que han precedido á aquel, entre todos los que le han seguido, no he visto que haya habido ni habrá jamas otro que pueda ser comparado á las bodas de Caná....; Dichosa en efecto la union formada en presencia de Jesus y de María!

El Redentor Eterno, obrando en favor del matrimonio la larga serie de sus milagros, es evidente que le preparaba gracias especiales y medios de santificacion. Gracias á las bendiciones del sacramento, el hombre tendrá la inteligencia de sus deberes, la muger comprenderá sus obligaciones. Humillada hasta entonces, elevará majestuosamente su cabeza, como una reina coronada de gloria y rodeada de honores; el temor no vendrá jamas á asaltarla ni turbarla; el capricho no herirá mas su existencia. La casa que la ha recibido el dia de su union, será su morada hasta el dia de su muerte; sus hijos crecerán á su sombra rodeados de su amor, para ser su consuelo cuando los dias del dolor caigan sobre ella. Si la dicha reina en esta morada, será la dicha de todos; y si la tristeza estiende allí su velo sombrío, las lágrimas del esposo se mezclarán á los llantos de la esposa: el grito de la infancia se reunirá allí como una voz que pide gracia al cielo. Y así todo allí será comun, los bienes y los males, la alegría y las tribulaciones, la angustia y la tranquilidad. Está en la naturaleza del hombre dividir sus alegrías y comunicar sus pesares.

Los apóstoles, confidentes de los pensamientos y de las intenciones del Salvador, se han ocupado tambien del matrimonio para recordar á los cristianos su dignidad y sus deberes.

“Que las mugeres, dice el Apóstol, estén sometidas á sus maridos como al Señor, porque el marido es el gefe de la muger, como Jesucristo es el gefe de la Iglesia, que es el cuerpo, de que es tambien el Salvador.”

“Como pues la Iglesia está sometida á Jesucristo, las mugeres deben tambien estar en todo sometidas á su marido. Y vosotros, maridos, amad vuestras mugeres como Jesucristo ha amado su Iglesia, que se ha entregado él mismo á la muerte por ella.”

“Así los maridos deben amar á su muger como á su propio cuerpo; el que ama á su muger se ama á sí mismo.”

“Porque ninguno odia su propia carne, sino que la alimenta y la mantiene como Jesucristo hace respecto de su Iglesia.

“Porque nosotros somos los miembros de sus miembros, formados de su carne y de sus huesos.

“Por ella será por quien el hombre abandonará á su padre y á su madre, para ligarse á su muger, y serán dos en una sola carne.

“Este sacramento es grande, os digo, en Jesucristo y en su Iglesia.”

Leyendo estas palabras se siente que una nueva era se ha levantado sobre el mundo; que una inmensa rehabilitacion ha tenido lugar, y que el amor ha sido llamado por el Salvador á su verdadero carácter, y la sociedad vuelta á colocar sobre sus bases de una manera inmutable hasta el fin de los siglos. No es ya solamente en sí mismo donde el hombre irá á buscar la causa de su afecto y de su adhesion. ¡Ay! rescatado él mismo por su Dios, ¿de qué será capaz cuando se apoye en sí mismo? ¿Su voluntad no bamboleará incierta y flotante al contacto de sus pasiones, como el polvo al soplo del viento? Dios ha descendido de los esplendores de los cielos para elevar al hombre á su altura, hacerle participante de su divinidad, y ser á sus ojos una luz permanente que dirigirá sus pasos á través de la vida. Es pues en el amor inmenso, manifestado sobre la Cruz por los rios de sangre vertidos por la salud de la tierra, donde hombre encontrará la razon de su amor, de su adhesion, de su vida de sacrificios, para la cual Dios le habrá escogido. Es en la sumision de la Iglesia á Jesucristo, en su deseo ardiente de responder á su indecible caridad, donde la muger descubrirá las razones de su sumision, de su ternura ligada á aquel, de quien Cristo no ha desdeñado ser el modelo.

Peró no es solamente en este pasaje en que el Apóstol revela á los ojos de las naciones convertidas la santa union del matrimonio, y refiere sus obligaciones. En todas las veces en que la ocasion se presenta, penetra en esta materia, y la trata de manera de no dejar duda alguna sobre su gravedad y su importancia.

El príncipe de los apóstoles se ocupa tambien con no menos solicitud; y su voz solemne, como la voz del Señor, hace oír á todas las generaciones que deben sucederse, las instrucciones que jamas fueron desdeñadas sin consecuencias deplorables.

Así glorificado por el Salvador, así celebrado por los apóstoles, el matrimonio debia elevarse en la Iglesia como un árbol majestuoso, cuyas ramas llevarian frutos para la vida eterna.

Los sucesores de los apóstoles, encargados como ellos de velar por el mantenimiento de la sociedad cristiana, han marchado sobre las huellas de sus padres. Como los héroes á quienes nada amedrenta, se han con-

sagrado con una invencible perseverancia á la conservacion de la santa doctrina. Con semejantes justadores, el error, de cualquier parte que se haya levantado, ha venido á espirar en presencia de la doctrina divina.

Peró no era bastante para la Iglesia luchar con los enemigos exteriores é impedir al error desvanecer su imperio. Instruida de la necesidad de sus hijos, debia rodear sus sacramentos de todo aquello que podia hacer apreciar su valor, é inspirar veneracion á todos los corazones. Es lo que ha hecho, regulando las condiciones convenientes á la dignidad de cada sacramento.

No siendo el matrimonio un acto pasajero solamente, sino dando al hombre una posicion que influye sobre el resto de su vida, era conveniente y al mismo tiempo necesario, que todas las condiciones particulares estuviesen obligadas á reflexionar sobre este acto decisivo y sus grandes consecuencias.

De allí los impedimentos que lo prohiben en ciertos grados de parentesco y en ciertas circunstancias, en que los contratantes pudieran encontrarse. Todo hombre sabio comprenderá el valor meral de esta legislacion y su influencia sobre la sociedad.

El espíritu que ha dictado estas leyes es digno de la pureza de nuestra religion, dice Mr. de Chateaubriand. Los paganos han quedado bien inferiores á esta castidad cristiana. En Roma el matrimonio entre primos hermanos era permitido, y Claudio, para desposarse con Agripina, hizo dar una ley por virtud de la cual el tio podia unirse á la sobrina. Solon habia dejado al hermano la libertad de casarse con su hermana uterina.

Por lo demas, los impedimentos de matrimonios de parientes á parientes, tan multiplicados por la Iglesia, sobre su razon moral y espiritual, tienden politicamente á dividir las propiedades, y á impedir que á la larga todos los bienes del Estado se acumulasen sobre algunas cabezas.

“Entre las naciones degeneradas, que se olvidaron hasta el extremo de permitir el matrimonio entre hermanos y hermanas, dice Mr. de Maistre, estas uniones infames producen monstruos. La ley cristiana, de quien uno de los caracteres mas distintivos es apoderarse de todas las ideas generales para reunir las y perfeccionarlas, estendió mucho las prohibiciones. Si alguna vez ha habido en este género esceso, ha sido el esceso del bien. (1)”

Era en la primera edad, en los tiempos heróicos de la fé, cuando estas prohibiciones estaban mas multiplicadas. Despues la Iglesia se ha relajado sobre algunos puntos de su disciplina; pero sin embargo, en ningunos ha cambiado con mas dificultad que sobre los que conciernen al ma-

(1) Citado en el *Genio del cristianismo*.

rimonio. Nada á sus ojos toca tanto á las bases del edificio social, á la dicha misma de los individuos.

Despues han venido tiempos mas desgraciados que todos los que se habian visto hasta entonces, y en seguida de estos tiempos se han establecido las legislaciones, ambiciosas de penetrar en un dominio que era antes esclusivo de la competencia de la Iglesia: se ha formado una distincion estravagante, por no decir otra cosa: se ha conocido un matrimonio civil y un matrimonio eclesiástico: cada uno de estos matrimonios tiene su ministro. Despues se han visto frecuentemente entre nosotros hombres *casados legalmente*, y viviendo en el escándalo á los ojos de la religion, á quien sola pertenece formar un lazo que no está en el poder humano disolver: entonces se hizo una necesidad para la Iglesia hacer fácil la dispensa de sus leyes sobre el matrimonio: desdichas mas grandes que aquellas que habia querido prevenir, podian resultar con mayores dificultades, sin que hubiese estado en su poder impedir las. ¿Qué ha resultado? Estas uniones, formadas lo mas frecuentemente por las pasiones y consideraciones insensatas, no han traído mas que frutos de amargura. Este lazo, que debia ser formado de flores, se ha cambiado frecuentemente en una áspera y pesada cadena: el hombre, que siguiendo los caminos de la Providencia, hubiese debido encontrar una ayuda en la muger, se ha visto sin consuelos en los dias de desgracia, y su corazon lo ha encontrado sin amor, cuando la afliccion ha pesado sobre aquella que habia escogido y que la mano de Dios no le habia destinado.

Quisiera equivocarme escribiendo estas líneas; pero ¡ay! muchos ejemplos me confirman que no se traspasan impunemente las leyes de la Iglesia nuestra Madre, y que una dispensa arrancada al temor de males incalculables, no escusa ante aquel que lee los pensamientos mas secretos, como las páginas de un libro abierto en medio del dia.

Dios es quien debe fundar la union del hombre y de la muger. Cuando el corazon, para anular el lazo de toda su vida, no tiene mas que un pensamiento inconsiderado, no escucha mas que la voz de un loco amor, levanta el edificio de su dicha sobre un desierto arenoso y movedizo, y de este delirio de algunos meses, ¡cuántos años largos nacen, llenos todos de amargura y de pesares!

En este dia, que la juventud imprudente cree ser el primero de su dicha, se preparan grandes obligaciones; y en medio de las flores que adornan este dia la casa nupcial, ¡cuántas víboras se escapan y crecerán para atormentar mas tarde la vida del hombre y de la muger, que han querido prestar el oído á las palabras embriagadoras y engañosas de las pasiones!

La Iglesia, colocada sobre esta tierra, marcha hácia una patria mejor, donde los dias de paz y alegria sucederán á los dias de tribulacion y de guerra. Luego es por la esperanza, por la que anima á sus hijos á dirigir sus deseos hácia el lugar donde una inmutable felicidad los espera. Entonces sus solemnidades se despliegan con magnificencia; los cánticos de Sion se elevan mas suaves y mas ardientes hácia el cielo; el alma toda entera se doblega con mas amor ante las santas meditaciones en los pensamientos que en nada se ligan á la tierra, y no sabria sufrir que se le viese á distraer en medio de su reposo.

Otras veces es á recordar en su corazon los errores de su vida, á llorar sobre sus faltas y á implorar el perdon, á lo que el hombre consagra algunos dias del año. No es el cielo el que se despliega entonces con sus torrentes de claridad; es la tierra con su desierto, su vacío, su enojos, sus decepciones, sus concupiscencias, sus crímenes, que se desarrollan como un horizonte sin limites, donde las tempestades nada han dejado, ¡espectáculo lúgrube, pero saludable! En este vacío, en esta desolacion, el alma aprende á juzgar sanamente de todo lo que el mundo ofrece de mas encantador, á deplorar bien sus locuras, á economizar en la vida sus dias amargos; pero tiene al mismo tiempo necesidad de recojerse, de no ser turbada por ocurrencias opuestas á las disposiciones santas que la gracia le ha dado.

La Iglesia, pues, ha prohibido los matrimonios en los dias de las solemnidades y en los dias de sus penitencias, á fin de que su alegría sea toda celeste, y que el arrepentimiento hable mas á la divina justicia. ¡Ah! ¡Cómo nuestros padres habrian inclinado sus frentes cubiertas de tristeza, si los santos dias de la humillacion y de la penitencia cristiana hubieran sido interrumpidos por los placeres profanos de un matrimonio!

Ciertamente por largo tiempo la sociedad tomó sus giros bien á sus anchura, y no se sujetó mucho á la religion; como una jóven mal criada traspasa frecuentemente las reglas establecidas por su madre; pero en el tiempo de la fé y de decencia, cuando el filosofismo no habia esparcido todavia á manos llenas las semillas de la impiedad, lo que se respetaba y que fijaba la consideracion en todo el reino cristianísimo, no habia querido turbar las austeridades y la gravedad de la Cuaresma por ruidosos y profanos placeres.

Otra condicion exigida por la Iglesia para que el matrimonio sea lícito, es la proclamacion de las amonestaciones (esta escelente costumbre ignorada de la antigüedad y enteramente debida á la Iglesia). Es preciso llevarla mas allá del XIV siglo, porque en él se hace mencion de ella en una lecretal de Inocencio III; el mismo Papa le ha convertido en regla general

en el concilio de Letran; el concilio de Trento la ha renovado; y la Ordenanza de Blois la ha hecho recibir entre nosotros. El espíritu de esta ley es prevenir las uniones clandestinas, y tener conocimiento de los impedimentos de matrimonio que puedan encontrarse entre las partes contratantes.

En fin, el matrimonio cristiano se avanza; su marcha es grave y solemne; sus pompas silenciosas y augustas: el hombre es advertido de que empieza una nueva carrera. Las palabras de la bendición nupcial (palabras que Dios mismo pronuncia sobre el primer matrimonio del mundo), poseyendo al marido de un gran respeto, le dicen que llena el acto mas importante de la vida; que va, como Adam, á convertirse en jefe de una familia, y que se carga de todo el peso de la condicion humana. La muger no queda menos instruida. La imájen de los placeres desaparece á sus ojos ante la de los deberes. Una voz parece gritarle ante el altar: "¡Oh! Eva, ¿sabes bien lo que haces? ¿Sabes que ya no hay para tí otra libertad que la de la tumba? ¿Sabes tú lo que es esto de llevar en tus entrañas el hombre inmortal y hecho á imájen y semejanza de Dios?"

Entre los antiguos un himeneo no era mas que una ceremonia llena de escándalo y alegría, que no enseñaba nada de los graves pensamientos que el matrimonio inspira. El cristianismo solo le ha restablecido la dignidad.

Todo es grande en efecto y lleno de dignidad en esta grande ceremonia. El ministro sagrado está allí á nombre del cielo, á nombre de la sociedad cristiana que lo delega.

Hé aquí los dos esposos conducidos por sus familias; están arrodillados ante el altar del Dios de Abraham, Isaac, y de Sara, de Rebecca y de Raquel, cuyos nombres van á ser mezclados dentro de algunos instantes á las oraciones del ministro de Jesucristo. Las dos familias que forman alianza han invitado á todos sus amigos á venir á tomar parte en su alegría y en sus plegarias. En las grandes ciudades, un matrimonio es ocasion de desplegar el lujo y las limosnas: el lujo para la vanidad; las caridades son para el corazon. . . . En todas las circunstancias decisivas de la vida; cuando nos sentimos que llega el momento de llenar nuestro destino, queremos siempre poner á Dios de nuestra parte. Es, pues, natural que en esta fiesta del techo doméstico, los desgraciados tengan una buena parte; así las familias segun el corazon de Dios, nunca faltan á hacerlo. Antes que la jóven desposada y los padres suban al carruaje para dirigirse á la iglesia parroquial, á nombre del padre y madre de los dos esposos, se dan socorros de toda especie, vestidos, abrigos, plata, ajuares, canastillas; todo se lleva á las pobres moradas, donde el ojo es-

crutador de la caridad no encuentra frecuentemente sino una desnudez absoluta.

El párroco, el buen pastor, conoce mejor que nadie todas las miserias y los sufrimientos de su rebaño: él indica á los *buenos ricos* de su parroquia para que lo ayuden á socorrerlos: él conoce todo lo que los padres del novio y de la novia, á quienes va á unir y bendecir, han hecho por sus pobres. Así es, con el corazon rebotando de una santa alegría y las manos llenas de bendiciones, como llega al altar. Desde casi medio siglo dirige su parroquia, y como un padre ama á todos sus hijos, él quiere todas sus ovejas. ¡Con qué indecible dicha ve formar las alianzas entre las familias formadas para entenderse, estimarse, amarse y glorificar al Señor! En los consejos que él dirige á los jóvenes esposos, evoca los recuerdos de familia, que le sirven de ejemplos de fé, de lealtad y de persistencia en el bien. Cuando él les dice: *hijos míos, mis caros hijos*, es porque tiene verdaderamente el derecho de llamarlos así; porque bien frecuentemente este joven cristiano y esta pura y cándida jóven, que vienen á arrodillarse ante el altar del Dios de su infancia, para recibir de manos de su ministro la bendición nupcial, han sido bautizados en esta misma iglesia, y mas tarde bajo sus mismas bóvedas se han confesado, han hecho su primera comunión, y recibido el sacramento de la confirmación. . . . Este santuario; al presente adornado de flores, le han visto cubierto de luto para los funerales de alguno de los suyos. Así todo el clero, todo el personal de la iglesia, hasta los sacristanes, bedeles y suizos, conocen *estos dos hijos de la parroquia*; y es con tanta dicha como orgullo, que estos últimos en su gran traje de gala hacen retumbar sus alabardas sobre las losas y hasta sobre el último escalon de las gradas de la casa del Señor. Saben que los casados son de noble origen, y cuando el tropel reunido pregunta los nombres de las dos familias, enderezando la cabeza y muy de prisa dicen ellos: *Si hubiera frecuentemente matrimonios como éste, habria frecuentemente menos miseria entre los pobres.*

Luego que los esposos acompañados de sus testigos han llegado hasta el santuario, se arrodillan sobre dos reclinatorios colocados en frente del altar, el esposo á la derecha, la esposa á la izquierda. El sacerdote anuncia de nuevo el futuro matrimonio, é interpela á los asistentes para revelar los impedimentos si los conocen. Si nadie hace revelaciones, el cura, ó el sacerdote que lo reemplaza, hace renovar á los esposos su mutuo consentimiento: se dan la mano derecha, y el ministro del Altísimo pronuncia sobre ellos estas palabras: *Yo os uno en matrimonio, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo;* y hace al mismo tiempo sobre ellos la señal de la cruz, para recordarles que es en el nombre de la San-